

EL DEVENIR ADULTO Y LOS PROCESOS DE SIMBOLIZACIÓN DESDE LA PUBERTAD

JOSÉ MANUEL BASTIDA GONZÁLEZ

Licenciado en psicología por el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES). Maestrando del programa en psicoterapia psicoanalítica de las adicciones por CiES.

Recepción: 04 junio 2024/ Aceptación: 21 noviembre 2024

RESUMEN

El presente texto pretende articular la dificultad de asumirse adulto en la modernidad y visibilizar las estrategias que el joven adulto, en su incapacidad para abandonar una posición infantil o puberal, despliega a fin de evitar dar cuenta de sus anacronismos. Con este fin, se hará un recorrido por el proceso de devenir sujeto a partir del tercer tiempo del Edipo y, la entrada a la pubertad, a partir del periodo de latencia, empresa que se apoya en principio en, pero no se limita a, los trabajos de Barrionuevo, Urribari, Persano, y Ackard & Peterson. Para introducir a lo entendido por nosotros como "adulter" se problematizará el trabajo de la adolescencia y los hitos que esta persigue, haciendo énfasis en que, para empezar a pensar al sujeto como adulto, este debe haber adquirido un basamento apropiado para formalizar la salida exogámica y encontrar su lugar en la sociedad. En este sentido, las aportaciones de Maroño, Herders, y Kait, son axiales para entender las adversidades que supone este trabajo psíquico.

Por último, se expondrá la economía de los objetos de goce, su incidencia en la problemática del devenir adulto, y la naturaleza mortífera de la dinámica particular que se despliega.

PALABRAS CLAVE: adolescencia, devenir adulto, goce, pubertad, modernidad, psicoanálisis.

SUMMARY

This text aims to articulate the difficulty of assuming oneself as an adult in modernity and to make visible the strategies that the young adult, in their inability to abandon a childhood or pubertal position, deploys in order to avoid accounting for their anachronisms. To this end, a journey will be made through the process of becoming a subject from the third stage of Oedipus and the entry into puberty, from the latency period, an enterprise that is based in principle on, but is not limited to, the works of Barrionuevo, Urribari, Persano, and Ackard & Peterson. To introduce what we understand as "adulthood", the work of adolescence and the milestones it pursues will be problematized, emphasizing that, to begin to think of the subject as an adult, he or she must have acquired an appropriate foundation to formalize the exit. exogamous and find their place in society. In this sense, the contributions of Maroño, Herders, and Kait are axial to understand the adversities that this psychic work entails. Finally, the economy of objects of enjoyment will be explained, their impact on the problems of becoming an adult, and the deadly nature of the particular dynamics that unfold.

KEY WORDS: adolescence, becoming an adult, enjoyment, puberty, modernity, psychoanalysis.

RÉSUMÉ

Ce texte vise à articuler la difficulté de s'assumer comme adulte dans la modernité et à rendre visible les stratégies que le jeune adulte, dans son incapacité à abandonner une position infantile ou pubertaire, déploie pour éviter de rendre compte de ses anachronismes. Pour cela, on parcourra le processus de devenir sujet à partir du troisième stade d'Œdipe et l'entrée dans la puberté, à partir de la période de latence, une entreprise qui s'appuie en principe, mais sans s'y limiter, sur les travaux de Barrionuevo, Urribari, Persano et Ackard & Peterson. Pour introduire ce que nous

comprenons comme « l'âge adulte », le travail de l'adolescence et les étapes qu'il poursuit seront problématisés, en soulignant que, pour commencer à penser le sujet comme un adulte, il doit avoir acquis une base appropriée pour formaliser la sortie. . exogames et trouvent leur place dans la société. En ce sens, les contributions de Maroño, Herders et Kait sont essentielles pour comprendre les adversités qu'implique ce travail psychique. Enfin, l'économie des objets de jouissance sera expliquée, leur impact sur les problèmes du devenir adulte et le caractère mortel des dynamiques particulières qui se déploient.

MOTS CLÉS: adolescence, devenir adulte, jouissance, puberté, modernité, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN

Los adultos jóvenes ponen de manifiesto a través de diversas formas su incapacidad para asumir una posición adulta. Algunas formas del deseo de no tener hijos, la incapacidad para vincularse con un otro o hacerlo desde las heridas narcisistas producto de un afianzamiento a lo infantil, la rebeldía sin otro fundamento más que el desafiar al padre del Edipo, la incapacidad de mantener un trabajo y posicionarse responsables de la propia economía son solo algunas de estas formas. Socialmente tendemos a reforzar y validar estos y otros discursos que someten a una repetición infantil, y entre las muchas causas, encontramos que la modernidad faculta esta dinámica al proveer vías de satisfacción en donde no es necesario el trabajo pulsional.

Ya no es necesario abandonar los placeres gozosos de la infancia cuando la descarga pulsional se ofrece con una inmediatez sórdida, en consecuencia, ocurre una eternización del modelo adolescente a modo de un ideal petrificado y mortífero. Sin embargo, no es solo que el adulto *no desee* asumirse como tal, sino que también está imposibilitado de salir de la repetición de la adolescencia. No solo está hundido en un goce pantanoso, también carece de las vías para representar el anacronismo de su conflicto: el afianzamiento parasitario a las defensas infantiles y la exigencia de ser

adulto manifiesta en el mundo que lo rodea, y en sí mismo, es vivido en una experiencia angustiante, ominosa.

Por este motivo, conviene que todo análisis de esta problemática incluya un repaso de la pubertad, pues la experiencia revela un anudamiento en las diferentes configuraciones libidinales del sujeto a lo largo de las etapas que comprende desde este punto.

DESARROLLO

Barrionuevo [1] sitúa el comienzo del devenir púber en la introducción de lo real puberal y la ruptura de las respuestas elaboradas por el sujeto durante la primera infancia. Esta insuficiencia supone la necesidad de inventar una nueva salida frente a aquel agujero en lo real que produce la sexualidad humana.

Si el tiempo de la infancia tiene un papel fundamental en este advenimiento es porque al culminar el tercer tiempo del Edipo, alrededor de los cinco o seis años, el sujeto adquiere los títulos para poder responder a las demandas del otro sexo cuando estén dadas las posibilidades de consumación del acto sexual genital a partir de la pubertad. Dentro de este marco, la pubertad es el periodo de una nueva constitución subjetiva que se producirá como efecto de la construcción y apropiación de una imagen corporal, así como de la moldura del piso identificatorio exogámico. Esta tendencia, la exogamia, será un tema central para el devenir adulto, motivo por el cual es considerada un hito del trabajo puberal, puesto que dentro de la novela edípica no hay una correspondencia entre la pulsión y el objeto que se elige. Es en la latencia, periodo abarcado de los seis a los once años, en donde ocurre una interrupción de la práctica sexual infantil y en donde la libido es desexualizada para dar paso a dos corrientes, una sensual reprimida e incipiente, y otra tierna, capaz de consolidar las relaciones con los semejantes dentro y fuera del núcleo más próximo, el familiar [1].

Es sobre este punto que Urribarri [2] apunta que la latencia enmarca una amplia reorganización del aparato psíquico, pues reordena su economía, topología y dinámica. Afirma, además, que no solo hay una complejización en sentido intrasubjetivo, sino que a nivel intersubjetivo también hay una expansión del afuera posibilitada por las nuevas relaciones con los pares, los adultos, y el replanteamiento de las problemáticas edípicas. Así, en la latencia hay un trabajo psíquico, un esfuerzo de reorganización, diferenciación, complejización y ampliación del aparato psíquico que toma como uno de sus hitos principales la tramitación pulsional bajo nuevo ordenamiento dinámico y estructural hacia metas socialmente aceptadas. Esta reorganización operativa favorece la inserción social, el desarrollo y la ampliación yoica, así como una sensación valorizada del sí mismo y el desarrollo de nuevas formas de defensa, tales como la formación reactiva, el aislamiento y la desafectivización, herramientas orientadas al servicio de la sublimación. Este último punto sugiere un marco referencial para considerar la fijación en las defensas infantiles como la masturbación y la suspensión masiva del desarrollo de la sexualidad en su faz patológica.

El autor [2] admite una latencia temprana y una latencia tardía diferenciadas por el tipo de trabajo realizado en cada una, y por sus adquisiciones. La latencia temprana da inicio con la interdicción del goce endogámico constitutivo, la introducción de una resolución edípica y la subsecuente formalización del superyó anunciado por la angustia frente a lo impulsivo e infantil. La lucha del yo por hacer frente a esta impulsividad está mediada en su mayoría por los efectos de la represión, no obstante, una capacidad mayor de control, sobre todo motriz, será asequible gracias a las contracatexias que el sujeto elabora. Esta fragilidad intrapsíquica que introduce la angustia marca, además, la necesidad de instaurar una organización respecto de lo prohibido y lo permitido, lo ansiado y lo posible, lo placentero y lo displacentero, es decir, entre lo sagrado y lo profano [3], categorías arquetípicas de los mandatos superyicos. El control de la impulsividad estará atravesado por el sofoco superyoico de los deseos incestuosos y consecuentemente de la masturbación al “soportar la tentación de masturbarse” e implicar la necesidad de redirigir el impulso hacia metas concordantes a las necesidades socioculturales que le son reveladas al púber [2]. Esta

operación, sigue Urribari, es descrita como inhibición de la meta, operación del aislamiento y desactivación. El control del impulso de masturbarse poniendo un freno a la descarga somática, favorece la reflexividad al apoyarse necesariamente en un proceso secundario para realizar el sofoco, incrementando paulatinamente el diálogo interiorizado y el fantaseo poniendo de manifiesto un incremento en la ampliación del campo verbal.

En la latencia tardía hay una mayor fluidez, sentido de autonomía, continuidad y equilibrio de la conducta. Es notable un menor sufrimiento consciente al temor del desborde y al surgimiento de la angustia. Se incrementa el distanciamiento respecto de los padres y el núcleo próximo familiar, adquiriendo mayor importancia el grupo de pares. Se adquiere un placer mayor por las nuevas capacidades, tanto motrices como cognitivas, y se refuerza el erotismo en el juego, ocupando este una función de soporte respecto al autoerotismo primario y el narcisismo secundario. Todo esto se ve representado con un yo menos conflictuado y con mayores recursos para administrar y soportar la angustia. [2]

A la renuncia de los objetos infantiles para poder acceder a la consecución del objeto sexual en la exogamia y el despliegue de la corriente sensual, se le suma la posibilidad real de consumir el acto sexual genital a causa de la aparición de los cambios madurativos corporales. Persano [4] describe que los cambios corporales que tienen lugar marcan el inicio de la metamorfosis que otorgará el aspecto de un cuerpo adulto para el sujeto. La transformación de los genitales, su primacía pulsional, y la aparición de caracteres sexuales secundarios, constituyen este gran cambio que aparece en la pubertad y que continúa en la adolescencia.

Aparece un nuevo goce presente en el cuerpo, que sigue un tiempo lógico que presenta la alteridad respecto al Otro de la diferencia sexual y la necesidad de dar respuesta frente al encuentro con este nuevo goce. Frente a esta inadecuación, el sujeto necesita formular una nueva respuesta, un quehacer frente al espejo, es decir, apropiarse de una nueva imagen en el espejo que pueda dar cabida a una forma diferente de encarar la satisfacción pulsional. [2]

Persano [4] refiere que la imagen corporal adquiere, en este punto, una significación crucial ya que el sujeto tendrá que incorporar psíquicamente las transformaciones que ocurren en su cuerpo. A lo largo de este periodo de cambios, los púberes expresan su metamorfosis psíquica en forma de representaciones gráficas que, inconscientemente, preceden a las representaciones verbales [5]. De esta forma, los dibujos permiten representar el temor del Yo frente a las amenazas de las oleadas pulsionales. El autor sigue a Ackard y Peterson [6] al señalar que cuanto más precoz es la metamorfosis puberal, mayores también serán las dificultades para asimilar las transformaciones corporales emergentes. Estos autores encuentran una asociación entre el autismo y el comienzo precoz de la pubertad, una marcada inseguridad social, y una gran preocupación por lo tocante al cuerpo.

Frente a la reorganización psíquica producto de lo real puberal, Maroño [7] acentúa el elemento disruptivo de lo puberal en los elementos emergentes que rompen con las representaciones y las relaciones infantiles. Esta experiencia, aunque constitutiva, es apabullante por la cantidad de trabajo psíquico anteriormente descrito, motivo por el cual, la autora aísla dos conceptos vitales para comprender la apropiación de la pubertad y el pasaje a la adolescencia. Por una parte, la vivencia ominosa entendida como la experiencia normal y constitutiva de extrañamiento de lo que antes resultaba familiar, como el propio cuerpo y las imágenes familiares edípicas, a causa de la emergencia de lo real puberal, que requerirá de una puesta en forma o metabolización para convertirse en propio; y la potencialidad traumática, que es representada como una imposibilidad de tramitación, una hiancia anímica a causa de un real que arremete contra la configuración psíquica del sujeto y que sobrepasa su capacidad para elaborarlo.

Por otra parte, de acuerdo con Harders [8], ante esta aparición de la discontinuidad de la formación subjetiva, el cuerpo que otrora era un escudo garante de la intimidad y la ternura, ahora se convierte en un traidor que revela las filiaciones e identificaciones no queridas. Dado que el cuerpo se torna capaz de actuar las fantasías inconscientes, lo

puberal es entendido por la autora como una estructura límite en la que los pasajes al acto pueden fungir como formas para soportar el desencuentro somato-psíquico y su Inter juego con lo real externo.

Para Barrionuevo [1] la adolescencia es el síntoma de la pubertad en el que el sujeto se autoriza a sí mismo. Sintomatizar, en estas líneas, equivale a crear una respuesta individual, respuesta que requiere, como hemos revisado, una nueva asunción de la imagen en el espejo y en el que puede circular la orientación sobre su posición en relación al grupo de pares.

Urribari [2], por su parte, afirma que la adolescencia es un proceso más complejo que la “psiquización” de la pubertad ya que requiere del establecimiento y estabilización de la latencia tardía. El control motor y la excitabilidad hasta ese momento conseguido, sufre embates renovados como consecuencia de los igualmente novedosos embates potenciados del ello. Se sufre una desorganización parcial de lo conseguido en la latencia y se presenta una modificación en el interés vertido en el otro sexo, movimientos de avance y conquista que, aunque temidos, son deseados. La temática de la atracción-seducción, se mueve en la misma directriz que las cargas pulsionales que cada vez se vuelven más genitales. Los cambios corporales son motivo de extrañeza, angustia y excitación, motivo por el cual, los recursos y las capacidades adquiridas en la latencia renuevan su importancia. El superyó presenta dificultades para realizar su tarea normativa y de control, el yo se muestra a momentos desbordado en su capacidad de lidiar con los requerimientos sociales ahora aumentados, así como las demandas del superyó. Ante el aumento de lo genital, se promueve una modificación estructural de las otras instancias y su interjuego, así como su acomodación e inserción singular en lo social. Tarea ardua y propia de la adolescencia.

A pesar de que el estatuto de la adolescencia como síntoma es contrapuesto por estos autores, son notables los puntos de acuerdo que hay entre ambos. En este sentido, concuerdan que para que el posicionamiento singular que asume el adolescente se presente como propia autorización será necesario que se haya podido producir la

operatoria del desasimiento de la autoridad parental, es decir ciertos movimientos de separación respecto del Otro. Esta operación justifica el despliegue de estrategias como el engaño, la mentira y los secretos, para sustraerse de la mirada del Otro. De manera lateral, en la pubertad, el desafío y la transgresión a la ley fungen como primeros movimientos de desasimiento. Maroño [7] suscribe a la opinión de que esta oposición a la ley, sin embargo, es constitutiva y necesaria solo en la pubertad tardía y principios de la adolescencia ya que el sujeto deberá construir otra salida a fin de no quedar inmerso en esta vía, porque si bien la rebeldía es una tendencia de salida a la exogamia, sigue gravitando en el eje de la demandada del Otro.

En lo concerniente a la adultez, Saavedra & Cols. [9], siguiendo a Freud, señalan que se trata de un tiempo en el que el sujeto logrará hacerse de un lugar en lo social, y posicionarse de una manera particular, tanto en el plano del trabajo, como en el del amor. Posterior a la tempestad de la adolescencia, la adultez es un momento crucial para el devenir del sujeto, pues supone dificultades singulares y el peligro igualmente singular de quedar varado en una etapa anterior que supondría la eternización del momento adolescente a modo de un ideal petrificado y mortífero.

La distancia que pone el adolescente respecto de las figuras parentales y el piso identificador que logró construir con el grupo de pares, supone la posibilidad de tomar del padre aquellas marcas que lo facultan para tomar un lugar en el mundo. Tal como recuerda Recalcati [10], para poder heredar al padre, para poner una distancia efectiva de él, es preciso heredar sus significantes. Saavedra y Cols. [9] declaran que, si el adolescente no toma del padre simbólico sus emblemas, la salida de la adolescencia está destinada a la repetición infructuosa, se encontrará una y otra vez con sus signos de goce, por definición, mortífero. Sobre este punto, es bastante sugerente que en la clínica se encuentre una particular dificultad al momento de llevar adelante este movimiento en dirección a la salida exogámica, movimiento que la entrada y sostén de la adultez joven implica. Por este motivo, los autores problematizan sobre los goces promovidos en nuestro tiempo y su incidencia en la posibilidad de tramitar dicho pasaje.

Kait [11] distingue la modernidad como aquel periodo que inicia en el siglo XVIII y que se sostiene en tres pilares: El advenimiento de la ciencia moderna; la Ilustración y el modo de producción capitalista. La ciencia moderna, sostiene, forcluye al sujeto al rechazar su singularidad subjetiva en nombre de una universalidad que objetiviza, mientras que el secreto del modo de producción capitalista, la plusvalía, es lo que pone en marcha el aspecto frenético del goce, lo “hiper”. Sostiene que la juventud se ve así asolada por los excesos y la soledad en la que sume el objeto tecnológico que son, pero que no solo son, los teléfonos celulares, el internet y las redes sociales.

Retomando, Freud [12] sitúa al amor y al trabajo como los pilares que dan soporte a la comunidad en el marco de la cultura. El momento subjetivo que es la adultez, propiciada por el recorrido hecho en la pubertad y la adolescencia, sugiere que ya se tiene la capacidad para la intimidad, es decir, de entregarse a afiliaciones y asociaciones concretas, así como para desarrollar el sentido ético necesario para cumplir estos compromisos, aún si ello conlleva sacrificios significativos [9].

Sobre el sacrificio, Freud [12] señala que pertenecer a la cultura y cumplir con sus requerimientos requiere de una renuncia, una sesión de cierto monto de satisfacción narcisista en pos de vivir con otros. Así, el trabajo revela su naturaleza subjetivante y civilizante al insertar al individuo en una realidad habitable y no mortífera. La capacidad que provee el trabajo profesional de depositar sobre él y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan, una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y eróticos, le confiere su carácter vital e indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad [9].

Por su parte, el amor, representa aquella empresa riesgosa y de difícil concreción, apoyada en la satisfacción de amar y ser amado, en la que el adulto puede consolidar ambas corrientes libidinales, la tierna y la sensual, en un objeto exogámico. Las experiencias paroxísticas de este vínculo, la reciprocidad en la otredad y la culminación del acto sexual genital confieren un hito importante en la sexualidad humana, hito que, al igual que en el trabajo, implica un monto de renuncia narcisista para tener lugar [9].

El riesgo de no superar una posición adolescente o infantil y permanecer en la repetición del goce se percibe demasiado alto en los jóvenes adultos de nuestra época, crisis que se manifiesta en una gran dificultad a la hora de sostener lazos perdurables y a quienes pesa la consigna de un goce edonista. Tampoco el trabajo representa para ellos un puerto seguro en el que resguardarse del callejón sin salida que representan las relaciones, pues con la misma frecuencia se registra una dificultad para elegir y mantener un trabajo, un oficio o cualquier tipo de quehacer. La dificultad, a opinión de los autores [9], radica en que la renuncia narcisista inherente a estos movimientos no cuenta con el soporte subjetivo suficiente como para constituirse en algo soportable, habitable.

Es por esto que las dificultades del devenir adulto circundan estas dos áreas y, como se verá, las vías de goce que se ofrecen en nuestros tiempos se aseguran de pronunciar esta encrucijada. El carácter bífido de estos objetos de goce, explica Recalcati [10] es la mezcla de la ilusión de salvación y el fondo vacío del objeto que empuja cada vez más a su obsolescencia, un menester absolutamente inconsciente. Su poca duración tanto simbólica como material, su desgaste, queda pronto en evidencia. Es, sin embargo, esta vacuidad la astucia principal del discurso capitalista. El truco fue entrelazar la ilusión de llenar la infancia del deseo con la vacuidad en el consumismo. La vacuidad del objeto de goce no es solo una característica más, sino que es el elemento que posibilita la dinámica de consumismo maníaco en el capitalismo. Es la obsolescencia el empuje del objeto que se muestra como la salvación, pero, en verdad, reproduce y pronuncia el vacío que pretendía terminar.

CONCLUSIÓN

La dificultad del devenir adulto no es un problema singular de nuestra época, por el contrario, las raíces de este asunto se localizan en las generaciones precedentes que ponen de manifiesto su capacidad para dar en herencia sus significantes. La diferencia generacional, el hacer lugar a la entrada en escena de una nueva generación por una parte y tomar el legado de nuestros padres, parece ser la dificultad nuclear. Este punto

implica, que hay un impedimento por parte de los adultos para transmitir la experiencia de la propia adultez, para transmitir un testimonio de deseo de ser adulto. La vivencia de trabajo, de los vínculos amorosos, es presentada por la cultura como algo despojado de todo deseo, algo del lado del desgaste, indeseable, privado de toda implicación subjetiva. Por su parte, las vías del goce, las redes sociales, la inmediatez, las relaciones poliamorosas, la labor remunerada carente de trabajo; lo superficial, superyoico, sacrificial y desvitalizado, son ofrecidas como las salidas predilectas. Es en este extravío del deseo donde lo infantil prevalece [9]. Frente a esto, la clínica psicoanalítica encara el reto de desarticular el discurso cultural contemporáneo y escrutar a detalle las salidas que ofrece. En el consultorio, al analista deberá dar cabida a la demanda del sujeto en advenimiento, aun si en un principio esta demanda es proferida por la boca de otro, siendo este los padres o alguna institución cualquiera. Ayudar a construir la respuesta singular, velar por el testimonio del deseo, de una vida que merece ser vivida, es nuestra principal apuesta.

BIBLIOGRAFÍA

[1] BARRIONUEVO, C. (2017). El advenimiento de la pubertad. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Buenos Aires: Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires.

[2] URRIBARRI, R. (2015). Adolescencia y clínica psicoanalítica. México: Fondo de Cultura Económica.

[3] ELIADE, M. (1956). Lo sagrado y lo profano. México: Edición digital: Titivillus.

[4] PERSANO, H. (2018). Las transformaciones puberales y adolescentes. El mundo de la salud mental en la Práctica Clínica. Buenos Aires, Argentina: AKADIA Editorial.

[5] PERSANO, H. (2005). Abordagem Psicodinâmica do Paciente com Trastornos Alimentares. Porto Alegre; Brasil: Psicoterapia de Orientação Analítica: Fundamentos teóricos e Clínicos, Cap. 49: 674-688, Ed. Artmed, Porto Alegre.

[6] ACKARD, D; PETERSON, C. (2001) Association between Puberty and Disordered Eating, Body Image, and Other Psychological Variables. Hoboken, Nueva Jersey: Int. J. of Eating Disorders, Vol. 29, Issue 2; 187-194.

[7] MAROÑO, M. del R. (2018). La pubertad. De lo disruptivo a lo traumático. Buenos Aires, Argentina: Revista De Psicología Y Psicopedagogía, (2).

[8] HARDERS, J. (2018). La pubertad y sus riesgos psíquicos. México: Cuadernos de Psicoanálisis LI: 3 y 4. p.56-65

[9] SAAVEDRA, M. OJEDA, R. & Cols. (2022) Una lectura desde el psicoanálisis de la adultez joven en nuestro tiempo. Buenos Aires: Facultad de Psicología - UBA. Secretaría de Investigaciones. Acheronta. Revista de Psicoanálisis y Cultura, 26. Vol. XXIX. p. 377-381

[10] RECALCATI, M. (2015). ¿Qué queda del Padre?: La Paternidad En La época Hipermoderna. España:(S. Grases, Trad.). Createspace Independent Publishing Platform.

[11] KAIT, G. (2008) La adolescencia de la hipermodernidad. Buenos aires: Facultad de Psicología - UBA. Revista Universitaria de Psicoanálisis. Vol. III. p. 27-37.

[12] FREUD, S. (1930). El malestar en la cultura. Sigmund Freud. Obras completas. Volumen XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2007).